
Introducción

El intento de recuperar y explicar la acción colectiva ha sido una de las preocupaciones en las que se ha centrado la teorización de las ciencias sociales, principalmente en las épocas de grandes convulsiones sociales, en que las masas se constituyen en el centro alrededor del cual gira el movimiento de la sociedad. Múltiples respuestas se han conformado para descubrir el móvil de la acción colectiva, así como para encontrar los rasgos característicos de los actores sociales o sujetos revolucionarios.

La acción colectiva en momentos históricos precisos adquiere relevancia, en la medida en que se condensan situaciones de excepción en las que la cotidianeidad es alterada para dar lugar a momentos de ruptura y transgresión de las normas y obligaciones sociales, en que las masas tratan de construir otro consenso, impugnando la legitimidad de las prácticas sociales dominantes; momentos en que se abre la posibilidad de cuestionar las prohibiciones y los "permisos"; ocasiones para el avance o la involución.

Acción colectiva, multitud, chusma, popula-cho, motín y revolución constituyen términos imprecisos; su coherencia teórica sólo puede ser recobrada a la luz de la trama histórica, su abordaje sólo es posible en épocas de disturbio social, cuando el fenómeno emerge en toda su plenitud.

La caracterización teórica, tanto de la acción colectiva como de la masa, se enfrenta invariablemente a un amplio matiz explicativo de cara a la sociedad que la genera y a las fuerzas sociales que la impulsan. De tal suerte que la acción de la masa

La acción colectiva en la psicología social

Graciela de la Rosa C.*

* Profesora de tiempo completo del Área de Psicología Social, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

esta inmersa en una amplia matriz cuyo rango histórico de acción no es fácil delimitar: puede ir desde la revolución hasta el linchamiento, desde la defensa de la libertad hasta el espectáculo grotesco. Estas acciones pueden impulsar el cambio histórico, o reforzar el *statu quo*.

Inevitablemente la teoría ha ido a la zaga del movimiento real. En este rezago histórico, fue una gran acción de masas —la revolución francesa— el acontecimiento que permitió que la reflexión de la sociedad sobre sí misma pudiera constituirse en un saber científico. La producción de este saber conlleva al postalamiento de diversas teorías sobre la acción de la masa, el poder, el Estado, las clases, la democracia, así como de un modelo de sujeto y sociedad.

Asimismo, los grandes cambios estructurales centrados alrededor de la expansión del capitalismo, la industrialización, la urbanización y la función del estado, conformaron la materia prima indispensable para que los grandes pensadores se preguntaran —sobre todos los análisis de Marx en el siglo XIX— de qué manera incidían estos procesos en los patrones prevaletentes de la acción colectiva así como en las características de la masa.

Las preguntas siguen vigentes, sin embargo, por la creciente complejidad de la sociedad capitalista, las respuestas no pueden ser las mismas. En el siglo XX, el panorama ha sido sombrío: dos guerras mundiales, las grandes crisis, el impacto de tecnología, la amenaza de una catástrofe nuclear, la ruptura del bloque llamado “socialista”, las relaciones de desigualdad crecientes, el avance e interferencia de los medios masivos de comunicación en la privatización de la vida pública. Ante este espectro, las utopías son puestas en tela de juicio y el ejercicio de la razón, se dirige por la razón de

la fuerza. Por el caos imperante, es legítimo preguntarse y reflexionar acerca de la viabilidad y efectividad de la acción colectiva, así como intentar desentrañar el misterio que subyace a la aparente indestructibilidad de las relaciones de producción capitalistas.

En esta aventura teórica, incursionaremos por los distintos caminos que ha tomado la caracterización de los movimientos de masas como fenómenos de acción colectiva. Asimismo, este ensayo intentará dilucidar cómo se construyen los sujetos sociales de la acción colectiva y bajo qué circunstancias los comportamientos colectivos de las clases sub-alternas corresponden a una acción revolucionaria. Lo anteriormente planteado define, de entrada, una premisa básica: todos los miembros de una sociedad determinada, pueden eventualmente involucrarse en una acción colectiva, pero no toda acción colectiva apela a la transformación de las relaciones sociales vigentes. En este sentido, a pesar de que la acción colectiva necesariamente *se instrumenta* a través de una masa, su definición estará necesariamente dada a partir de su lejanía o acercamiento con el poder. De esta forma, la acción colectiva inmersa en el entretejido social deviene en una práctica cuya característica fundamental estriba en el continuo ejercicio del contrapoder, a fin de proponer relaciones sociales distintas a las legitimadas por el poder dominante.

Asentada la tesis anterior, analizaremos algunas dificultades teóricas por las que ha pasado la caracterización de los fenómenos de masas a partir de dos ejes centrales: la forma de abordaje que han realizado las ciencias sociales y la psicología social.

El problema de la acción colectiva fue, y es, una de las principales interrogantes que desafían las tesis vertidas por los paradigmas vigentes en las

ciencias sociales. En este sentido, no es posible afirmar que exista hoy una sola explicación de dichos fenómenos; por el contrario, las explicaciones abundan y la mayoría de las veces sus tesis son irreconciliables unas con otras.

Sintéticamente, habría que señalar que los diversos planteamientos realizados por los principales paradigmas en las ciencias sociales van a centrar su interés en dos grandes aproximaciones: por un lado, la explicación de tradición de Durkheim: aquí, se tenderá a "considerar la acción de un individuo o del grupo como el resultado de fuerzas externas a ambos; estas causas externas explican la causa del comportamiento colectivo" (Tilly, 1978, pág. 6). Esta explicación causal-deductiva, llevó en determinados momentos a priorizar una concepción instrumental de la acción colectiva. Alternativa a esta visión existe una aproximación de tradición weberiana caracterizada como propositiva. Esta tendencia parte de la consideración de que "los individuos o el grupo, por ejemplo, optan por la acción colectiva, de acuerdo a determinadas normas, implícitas o explícitas" (*ibid.*) Esta tendencia privilegia al actor social. Precisamente cuando Weber recorre el intrincado problema de la legitimidad de un dominio propone entre otras causas internas la cuestión del carisma.

Esto es, el planteo weberiano considera que toda acción colectiva de un grupo se compromete con un sistema determinado de creencias y con un caudillo cuyas características individuales son "...la facultad de gracia (carisma) personal y extraordinaria, la entrega estrictamente personal, en la aptitud tanto para las revelaciones como para lo heroico..." (Weber, 1981, pág. 9). De esta manera, la acción colectiva es producto de la irrupción del carisma en la historia, en donde el papel

de los actores sociales se bifurca en dos grandes categorías, aquellos que se inclinan por un sistema de creencias aceptados por la mayoría, y aquellas creencias cuya virtud es el desafío de las normas vigentes, es decir, los "desviados", y aquellos orientados a un sistema de creencias aceptado por la mayoría.

Asentado lo anterior, la posibilidad de articular ambas aproximaciones parecería la opción más legítima para entender el fenómeno de la acción colectiva, sin embargo, entre estas dos opciones aparece la propuesta marxista, cuya relevancia histórica es fundamental. Dicho cuerpo teórico ha sido uno de los más fecundos y de un valor heurístico incalculable.

La teoría marxista desarrolla una explicación científica de la historia, que permite comprender la génesis y reproducción de la actual sociedad capitalista. De esta forma, la obra de Marx revoluciona la filosofía, la economía y la sociología. Asimismo, el marxismo formula la utopía de un orden superior de civilización erigido sobre los restos de esta sociedad, cuyas tensiones internas, auguran su derrumbe; el hombre, sujeto de la necesidad, pasará al reino de la libertad. A continuación nos proponemos destacar los aspectos teóricos más relevantes que condensan la explicación marxiana de la sociedad capitalista y sus tendencias. De la misma forma, es necesario recalcar que, precisamente por el valor heurístico desarrollado en el marxismo, la explicación que a continuación se propone en este trabajo, es una óptica de interpretación cuyos presupuestos implican indubitablemente la derivación de categorías políticas encauzadas en el contexto de una teoría de la revolución, del capital, de las clases, del poder y del "debacle" de la sociedad capitalista.

un problema de coyuntura. Por lo tanto, la posibilidad de traducir las categorías políticas, sociales y filosóficas, a fin de entender el comportamiento de la clase obrera mexicana, es de suyo una tarea que deberá alcanzar su dimensión colectiva, so pena de no llevarse a cabo.

Psicología social y acción colectiva

Los intentos por explicar el fenómeno del comportamiento colectivo en la Psicología Social forman parte de su origen como disciplina. De hecho, la Psicología se funda a partir de sus primeras aproximaciones al estudio del comportamiento colectivo y las características de la masa. Por ejemplo, el primer texto publicado bajo el título de *Psicología Social* (Ross, 1908) va a centrar buena parte de sus contenidos en la descripción y análisis de la masa; McDougall, desarrollará por la misma época una interpretación instintiva de la acción de la masa; Wundt, fundador del paradigma estructuralista en psicología general, dedicará la última parte de su vida al desarrollo de una psicología de los pueblos. La *Völkerpsychologie* será el espacio teórico para analizar los procesos mentales superiores.

Negar o soslayar que la disciplina se funda a partir de su interés en estos tópicos, significa apropiarse de su nombre abandonando los problemas que la desafiaron y dieron origen.

Históricamente la incidencia de la disciplina en la explicación de la acción colectiva ha sido sustentada a partir de conceptualizaciones teóricas diversas; es en este sentido que podríamos señalar como relevantes las aproximaciones desarrolladas a finales del siglo XIX y principios del XX, por pensadores como Gustavo Le Bon y G. Tarde. Las

obras de estos pensadores, junto con los primeros textos de Psicología Social, constituyeron los primeros intentos por explicar fenómenos sociales como la historia, el lenguaje, los mitos, las revoluciones, etc. en términos de procesos psicológicos.

Indiscutiblemente, uno de los pensadores más retomado por muchos psicólogos sociales contemporáneos, y que se asocia al estudio de la acción colectiva, es Gustavo Le Bon (1908). Su importancia estriba en que a partir de sus postulados intentó derivar principios generales del comportamiento de las masas en la acción colectiva. Le Bon entiende la problemática de la acción colectiva como un problema de las sociedades modernas. Desde su peculiar visión, ubica la acción colectiva como la resultante de determinados factores culturales que acontecen en épocas históricas determinadas y que, en consecuencia, imprimen su sello inexorable a la vida en sociedad. Le Bon, con resignación, se preparó a explicar el inevitable proceso que se avecinaba: el reinado de las multitudes; el análisis de éstas, no era desde luego un problema de naturaleza cuantitativo sino circunstancial y que tenía que ver fundamentalmente con los cambios radicales que sufrían los individuos —en términos psicológicos— al formar parte de una “muchedumbre organizada o psicológica” sometida a lo que denominó como la “ley de la unidad mental de las muchedumbres”. En este sentido, para Le Bon, la masa estaba preparada precisamente para la acción; sólo que dichos actos implicaban el regreso a la barbarie y el poder para destruir.

Para que una multitud se convirtiera en “muchedumbre organizada”, la masa pasaba a un estado psicológico cuyas características eran las siguientes:

Desvanecimiento de la personalidad consciente, predominio de la personalidad inconsciente, orientación por vía de sugestión y contagio de los sentimientos y de las ideas en un mismo sentido, tendencia a transformar inmediatamente en actos las ideas sugeridas. . .

“... No es el individuo mismo, es un autó-mata, en quien no rige la voluntad. Así, por el sólo hecho de formar parte de una muchedumbre organizada, el hombre desciende muchos grados en la escala de la civilización. . .” (Le Bon, 1895).

Asimismo, existe, según Le Bon, un paralelismo entre el comportamiento de la masa y aquellos seres inferiores en la escala evolutiva: las mujeres, los salvajes y los niños. A éste propósito dice lo siguiente:

Es de observar que entre los caracteres especiales de las muchedumbres hay muchos, tales como la impulsividad, la irritabilidad, la incapacidad para razonar, la ausencia de juicio y de espíritu crítico, la exageración de sentimientos. (Le Bon, 1895).

Los mecanismos que determinaban la emergencia de las propiedades de la masa eran, según Le Bon: el anonimato, el contagio, la sugestión y la imitación. El mecanismo del anonimato respondía al sentimiento de poder que investía al individuo en la masa; la masa sin cara y forma diluye la responsabilidad personal. El mecanismo del contagio se asemejaba a la enfermedad infecciosa, sólo que en este caso la metáfora pretende

ilustrar cómo la muchedumbre psicológica es sujeto y víctima del contagio. La sugestión es el mecanismo clave en tanto éste sería el proceso central que explicaría por qué la masa responde acríticamente a lo que es invocada; la sugestión como mecanismo abierto induce a la masa al contagio y a la imitación. A este propósito decía Le Bon:

El hombre, a semejanza de los animales, propende naturalmente a la imitación, para él es una necesidad, a condición, sin embargo, de que sea fácil y esta necesidad es la que da fuerza enorme a lo que solemos llamar moda. Nadie se substraerá a su imperio, lo mismo en materia de opiniones, que de ideas, que de manifestaciones literarias, que simplemente de vestidos. A la muchedumbre no se la conduce con argumentos sino con modelos. (Le Bon, 1895).

Otro aspecto importante que destacó Le Bon, va a ser aquél que se refiere a lo que denominó como sistema de creencias de la muchedumbre; las creencias y las opiniones de la multitud se concretan y difunden a partir del contagio y la incapacidad para razonar.

Indiscutiblemente la propuesta leboniana sostenía una visión profundamente pesimista y conservadora de la acción de la muchedumbre. Asimismo, determina de antemano la irracionalidad del comportamiento colectivo a partir de la premisa de un modelo en donde el individuo aislado está fuera de la posibilidad del cretinismo, de la irracionalidad y del privilegio de las emociones. Por otro lado, absolutiza sus observaciones como características de toda masa, soslayando de esta forma que dicho fenómeno es necesariamente un

producto humano y no un hecho de la naturaleza y que, por lo tanto, los patrones de comportamiento no son permanentes sino contingentes, es decir, históricos.

En síntesis, los rasgos distintivos de la concepción sobre la acción de las masas de Le Bon son: 1) la acción colectiva sólo es considerada en su poder destructor, con lo que trasluce Le Bon el temor de la pequeña burguesía a la acción de la masa; 2) no considera el valor creativo de las masas, que se concreta en creaciones como el folklor, los cantos, la poesía, etc.; 3) no considera los factores materiales que producen la acción de las masas, sino que para él los factores morales son los más importantes: "... lo que gobierna a los hombres son las ideas, los sentimientos y las costumbres, cosas que están en nosotros mismos. . ." (Le Bon, 1895).

Sin embargo, varios planteamientos lebonianos han ejercido profunda influencia sobre la explicación psicosocial de los fenómenos de masas. Por ejemplo: su visión del contagio es retomada en la psicología social experimental en relación a los fenómenos de presión grupal, así como en las primeras conceptualizaciones del fenómeno de influencia social; muchos principios que plantean sobre la propaganda (la repetición a través de imágenes, las afirmaciones sin argumentos, etc.), serán retomados por el nazismo para impresionar a las multitudes. Por otro lado, ejerció profunda influencia sobre Freud, Ortega y Gasset y de alguna forma es objeto de reflexión por parte de Adorno y Horkheimer (escuela de Frankfurt). De esta forma, la teorización desarrollada en este periodo permea y orienta las explicaciones de la disciplina en torno a este fenómeno.

La Psicología Social desarrolló en una primera etapa la conceptualización de la acción colectiva

a partir de dos ejes centrales: por un lado, analiza la acción colectiva a partir del análisis de las características de la masa; dicha teorización se ubica en la tendencia a fragmentar conceptualmente al individuo y a la masa. Por ésta razón, las nociones explicativas estaban centradas alrededor de la reflexión en torno a los cambios sufridos por el individuo en la masa. (Le Bon, Freud, Sighele, Mc Dougall).

A partir de esto, era posible desarrollar principios generales de toda multitud y por ende comprender las tendencias de la masa en la acción colectiva: espontaneidad, violencia, heroísmo y extremismo; este conjunto de rasgos prominentes condensaba el significado del *alma colectiva* (Doise, 1976) y a su vez delimitaba su carácter irracional.

En términos generales, esta concepción se explicaba los fenómenos de la acción colectiva en función de una masa compuesta por individuos carentes de voluntad e inmersos en la inconciencia y el automatismo, y cuyo comportamiento es inevitablemente objeto de manipulación por las instigaciones de líderes maquiavélicos ante los cuales sólo es factible subordinarse. De esta forma, las únicas relaciones posibles de entablar en la acción colectiva eran de desigualdad.

Estas primeras preocupaciones de la disciplina van a sufrir algunos cambios. La reflexión en torno al móvil del comportamiento colectivo va a diluirse por el privilegio del individuo y del pequeño grupo, así como por la búsqueda de leyes generales del comportamiento, atando de esta forma a la disciplina con la psicología general, tanto en su versión funcionalista como en la cognoscitiva. Asimismo, la preocupación por el *status* científico, orientó la producción psicosocial a privilegiar una visión metodológica sustentada en el rigor en

detrimento de la teoría, y cuyo destino final se concretó en reducir la vida social a formas de intercambio utilitaristas que encuentran su explicación en las características peculiares de los escenarios o en los rasgos psicológicos de los individuos (personalidad, aptitudes, motivos, valores, etc.). Inmersa en esta tendencia, la producción psicosociológica centrará sus explicaciones en aquellos fenómenos que acontecen en un nivel intraindividual e intergrupar, soslayando las preocupaciones que le dieron origen. Sin embargo, el camino estaba andado.

La doctrina de la sugestión siguió siendo objeto de reflexión, sólo que orientada en un primer momento a los fenómenos de patología individual. El dispositivo ad hoc lo constituyó el trance hipnótico; el problema en este punto era comprender por qué era factible inducir acciones, creencias y sentimientos por la invocación de un mandato.

Posteriormente esta problemática es retomada por otros psicólogos sociales (Sheriff, 1936; Asch, 1952), los cuales se interesaron por comprender este fenómeno a la luz de las interacciones que acontecen en un grupo, en términos de considerar los mecanismos que subyacen a las presiones ejercidas para que "las personas actúen contrariamente a sus creencias y valores" (Asch, 1951), así como a los elementos que permiten en un momento dado la constitución de un consenso o norma común.

De esta manera, la teorización de la disciplina se orientó a explicar el fenómeno de influencia social a través de una óptica que erigía al conformismo como la práctica social dominante y psicosocialmente como el patrón prevaleciente del comportamiento de los individuos en el grupo.

La premisa básica que permitió dicha visión se nutría de la aprehensión de las prácticas sociales dominantes de la época cuyo sello singular se ins-

cribía en la tendencia a la uniformidad en todos los ámbitos de la vida social.

En esta perspectiva, el análisis de la acción colectiva fue reemplazado por el estudio de los grupos pequeños y la caracterización de los rasgos de comportamiento de la masa por los procesos básicos imputables a los individuos (juicios, actitudes, etc.); sólo que en este caso, y a diferencia de la psicología general, se pretendía analizar los cambios que estos procesos sufrían en el curso de la interacción o copresencia.

La teorización del fenómeno de influencia social recupera la posibilidad de otra dimensión de relaciones: la innovación. De esta forma el problema de la acción colectiva se vuelve el espacio por excelencia que condensa el conflicto de las fuerzas sociales en pugna, presentes en el escenario de la vida social, política y económica. En este sentido la perspectiva cambia, el problema no es solamente el dilucidar la influencia que ejerce una mayoría psicológica, sino que, de lo que se trata es de una relación de bilateralidad en donde los sujetos de la acción social pueden influirse mutuamente; pues precisamente lo que está en juego es la desigualdad en el reparto del poder.

A pesar de los referentes que, por un lado, privilegian la búsqueda de una explicación de la acción colectiva, ya sea en el individuo o a partir de la sociedad, la disciplina ha logrado construir una noción que remite a la posibilidad de entender la especificidad psicosocial de la acción colectiva: la influencia social.

Conclusiones

La reflexión en torno a este tema se detiene con más dudas que certezas. El saber desarrollado en el

El capital nace, crece y se reproduce de manera incesante a través del trabajo asalariado. Precisamente, al desarrollo del modo de producción capitalista, corresponde la separación del trabajo manual e intelectual, con la introducción de la gran industria maquinizada que coloca por separado el lugar de trabajo del lugar de aprendizaje que era una característica del artesano; el mismo aprendizaje se convierte con el tiempo en un objeto de inversión de capital, por tanto, los centros de aprendizaje se convierten en lugares de trabajo asalariado. Capital y trabajo asalariado conforman, pues, la contradicción principal de la sociedad capitalista. Sólo la fuerza de trabajo crea valor; la producción de valor es una condición *sine qua non* para la existencia del capital. Este no puede existir sino a condición de acrecentarse; de hecho, este proceso conformaría el modo natural de acumulación de capital. Precisamente, el punto central de los trabajos de Marx es haber llegado a descubrir que la única fuente del capital es el trabajo productivo.

Otro elemento que fundamenta lo anterior, es afirmar que el capital no es sino ese valor material acumulado, es decir la historia de la producción hecha materia. De esta manera lo anteriormente planteado derivará en la expresión de una forma particular de entender la lucha de clases.

Sin embargo, hay dos formas de entender esta problemática: una, desde el punto de vista técnico desarrollado en *El Capital*, y otro desde el punto de vista social, o como verdad tendencial según diría Negri. Desde esta primera óptica, la tasa de plusvalía no es sino el resultado del enfrentamiento entre trabajo necesario y trabajo excedente; la historia de este enfrentamiento no es sino la historia de la ciencia y la tecnología. La composición

orgánica del capital es el resultado del enfrentamiento entre el capital variable y el capital constante, es decir, entre trabajo vivo y trabajo pasado, entre el presente y la historia de la producción. La tasa de ganancia es el resultado del enfrentamiento, por un lado, entre la plusvalía, y por otro, la suma del capital variable y el capital constante; en otras palabras, el enfrentamiento entre trabajo excedente y el trabajo necesario más el trabajo pasado.

Desde el punto de vista de lo social, las implicaciones a derivar conforman un *spectrum* político amplio e interesante de analizar; por ejemplo, el incremento de trabajo necesario al analizar la tasa de plusvalía, es una forma de atentar no sólo contra la masa de ganancia (relación técnica) sino a la vez contra la velocidad del ritmo de acumulación, que de suyo sería una relación política, además de atentar contra el monto de los ingresos de una clase. La composición orgánica del capital no sólo representa o refleja el enfrentamiento entre trabajo pasado y trabajo presente, sino el del trabajador con la historia; además de que dicho enfrentamiento implica el del conocimiento presente con la historia del conocimiento, ya que éste es también una forma de capital. Como dice Negri:

... (el) proceso laboral es inmediatamente proceso de valorización, que no existe una ley del valor que sea distinta de la ley de la plusvalía, que no existe neutralidad de este proceso y que no existe ciencia que no sea subsumida por el capital. (Negri, 1979, p. 30).

Este enfrentamiento es de naturaleza histórica, pues el pasado al que se enfrenta el trabajador

en el presente, es un pasado permanentemente acumulado en la historia, gracias al proceso de reproducción del capital. Por otro lado, la tasa de ganancia nos muestra que el necesario incremento del capital cada vez se ve en mayores dificultades, pues el capital constante crece a un ritmo superior que el capital variable, y éste, a un ritmo superior que la masa de plusvalía, aún a pesar de que esta última relación pueda tener sus excepciones. Sin embargo, esta relación que representa la evolución de la tasa de ganancia (relación técnica) significa, en el terreno de lo social la aparición de conflictos sociales.

Otro elemento importante de traducción de las categorías aparentemente económicas en el terreno de lo social es aquél constituido por las imposiciones externas y subjetivas en la producción de los sujetos; trabas que se hacen presente en el momento en que éste entra en contacto con el mundo de la producción y el consumo; como diría Bujarin, con el mundo de la necesidad, es decir, con el del condicionamiento histórico.

De esta perspectiva de crítica a las categorías de la Economía Política, la lucha de clases no es el enfrentamiento entre burguesía y proletariado, mediado por la propiedad privada de los medios de producción, sino el enfrentamiento del proletariado con los medios de producción mediados por la burguesía. Pues a quien se enfrentan los productores de valor no es a los dueños de ese valor, sino al valor que ha sido creado; en otras palabras, al capital. Precisamente el poder proletario no se ejerce en rigor contra una clase, sino contra las condiciones de producción que mantienen y reproducen la dominación de esa clase.

Desde esta recuperación de las categorías del marxismo, la acción colectiva del proletariado y la única defensa para que sus luchas no sean reabsor-

bidadas por el capital, es que éstas se orienten por el doble carácter del trabajo, la teoría de la plusvalía y la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia: estos elementos deberán ser los fundamentos teóricos del poder proletario, para posteriormente considerar al desarrollo de la tecnología y al desarrollo del mercado mundial como los elementos empíricos.

Esto no significa que la transformación de las actuales relaciones sociales de producción vayan a resolverse de forma automática, por el contrario, esta óptica de análisis pretende asentar las bases de una concepción materialista de la constitución del sujeto revolucionario, concepción que nos permite explicar que dicho problema no es una cuestión moral o jurídica que dependa de la voluntad de los sujetos, sino de su necesaria construcción.

Sin lugar a dudas, la posibilidad de traducir o derivar las categorías económicas en comportamientos sociales concretos, en una formación social específica, no ha sido un problema fácil. Pasar al terreno de la crítica política es pasar del problema teórico al problema real; sin embargo, las interpretaciones del marxismo han evitado o soslayado la única explicación de Marx: la de la ley del valor. La generación del stalinismo sumergió la teoría en creencias religiosas; desaparecidos los grupos de la izquierda disidente, el marxismo se convirtió en una visión o doctrina oficial para, posteriormente, convertirse en marxismo académico.

El problema de la derivación de estos planteamientos a la vida cotidiana de los trabajadores mexicanos es, de entrada, un problema que tendrá que enfrentarse de manera colectiva; y el problema de lo colectivo es un problema de discusión y sobrevivencia. Históricamente se ha demostrado que la materialidad que asumen las ideas es esencialmente

claustro universitario se anquilosa y difícilmente puede captar el fenómeno de la acción colectiva en toda su dimensión y riqueza.

La acción colectiva en un proceso revolucionario es el "conjunto dinámico y potente de un continuo ejercicio de contrapoder y de alternativa de vida" (Negri, 1979); es sin lugar a dudas la concreción de prácticas sociales únicas e irrepetibles en su especificidad, en sus deseos, en la peculiaridad de los comportamientos; su desencadenamiento por lo regular está ligado a determinadas coyunturas; sus logros o derrotas siempre están entrelazados en el complejo tejido social que deviene del poder y el contrapoder; su caracterización está necesariamente constreñida a una definición frente al poder. La acción colectiva implica la reconstitución de los sujetos revolucionarios, en comportamientos que permitan transformar el reflujó y la decadencia por el auge y la solidaridad; el cretinismo y la burocratización por la fuerza de la creatividad. En este contexto toda acción colectiva-revolucionaria recupera una radicalización subjetiva en donde la violencia tiene un papel central, que acompaña constantemente las luchas contra el capital.

Toda acción colectiva tiene comportamientos específicos, es decir, las rupturas con el capital implican la organización en niveles distintos: los intereses, la organización, las formas de movilización y sus posibilidades. El interés juega un papel en la acción colectiva, su dimensión se concreta en las demandas que los sujetos van a invocar; la organización se relaciona con las formas en que se estructuran los comportamientos; ejemplo de esto serían: las formas de comunicación, los niveles de jerarquía, las aspiraciones en las contradicciones, la imaginación y la inventiva de la masa, etc.; la

movilización se va a referir al proceso a través del cual los sujetos se proveen de recursos; las posibilidades se refieren a la relación necesaria que los sujetos entablan con su sociedad en términos de contrapoder.

Siendo la masa el instrumento de la acción colectiva, la reflexión sobre ella, es inevitable. La vieja polémica sobre la racionalidad del individuo y la irracionalidad de la masa, es a estas alturas, una discusión sin sentido y un dilema falso. Masa e individuo son sujetos de la necesidad; la sociedad capitalista condensa la prehistoria del hombre. La masa está inmersa en una realidad que ha construido a partir de sus condiciones de vida; con sus recursos, la masa reconstruye simbólicamente su entorno, la lógica de sus creencias y cosmovisiones no tiene por qué responder a una lógica académica.

Referencias

T. W. ADORNO y HORKHEIMER, *La sociedad. Lecciones de sociología* (1966), B. Aires, Proteo, 1971.

S. ASCH, *Social psychology* (1952), Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall, 1952.

W. DOISE, *L'Articulation Psychosociologique et les relations entre groupes* (1976), Bruselas, A. de Boeck, 1976.

S. FREUD, *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1970.

G. LE BON, *Psicología de las multitudes* (1895), México, Divulgación, 1973.

C. MARX, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (1857-58), México, Siglo Veintiuno, 1978.

S. MILGRAM y H. TOCH, "Collective Behavior; Crowds and Social Movements", en G. Lindsay y E. Aronson, Eds., *The handbook of social psychology* (1969), vol. IV, Massachusetts, Addison-Wesley.

S. MOSCOVICI, *Psicología de las minorías*

activas (1976), Madrid, Morata, 1981.

T. NEGRI, *Del obrero-masa al obrero social* (1979), Barcelona, Anagrama, 1980.

J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas* (1957), Madrid, Espasa-Calpe, Col. Austral, no. 1, 1966. 